

El centenario de BARBUSSE

GUERRA Y LITERATURA



La paz ha tenido muy mala literatura durante miles de años. Podría buscarse la razón en que las verdaderas víctimas de la guerra —el pueblo llano— no tenían voz para atacar la guerra, o no la tenían libre. Los bardos y los cronistas estaban al servicio de los señores, y el oficio de los señores era la guerra. Puede decirse que el pacifismo, literariamente, es una idea contemporánea. Podría citarse al Tolstói de «Guerra y paz» y a la baronesa Berta de Suttner de «¡Abajo las armas!» como precursores de toda una serie de novelas de testimonio y acusación contra la guerra, que ahora ya constituyen un género —con nombres que van de Hemingway a Norman Mailer—. En su tiempo, y durante muchos años, la gran novela acusatoria ha sido «Le feu», de Henri Barbusse. Otra novela, publicada doce o trece años después, nublaría algo el éxito de «El fuego»: «Sin novedad en el frente». Probablemente no todo se debía a la calidad literaria de Remarque, sino a su postura política, mucho más moderada que la de Barbusse y encauzada por otras vías. Las mismas biografías muestran las diferencias: Remarque terminaría siendo ciudadano de los Estados Unidos, casado con una estrella de fama mundial, ciudadano y guionista de un Hollywood que le daría fortuna; Barbusse, perseguido y acusado de comunismo, terminaría siendo «compañero de viaje», escribiría un «Stalin» y moriría en Moscú (1935).

Ahora, en el mes de mayo, se celebra el centenario del nacimiento de Henri Barbusse. ¿Qué queda vivo de su obra? Probablemente de su vida personal quede la organización del pacifismo que fundó con el nombre de Clarté (título también de una de sus novelas), que dio origen a otros movimientos antibelicistas y fue absorbida por ellos. Algunas de sus novelas, como «El cuchillo en los dientes» o «El Judas de Jesús»; alguna novela de costumbres parisienses, donde describe de mane-

ra conmovedora y siempre informativa —fue periodista, fundó «Je sais tout» y no dejó nunca de informar a sus lectores en sus novelas—, o la otra gran novela antibelicista en el estilo de «El fuego»: «El infierno». Está en la irregular lista de los Premios Goncourt, memorables unos, medianos otros, olvidados la mayoría. Sobre todo, queda «El fuego».

La escribió en el hospital, convaleciente de una herida de guerra, en 1916. La dedicó a los que cayeron junto a él: «A la memoria de los camaradas muertos a mi lado en Crouny y en la cota 119». Porque Barbusse realizó su guerra como un héroe: con varias heridas y con dos Cruces de Guerra. Era algo que esgrimía siempre que alguien utilizaba ante él la palabra pacifismo o antibelicismo con el desprecio con que entonces se usaba y como sinónimo de cobardía. Barbusse sostenía que durante esa guerra el mundo había comenzado a cambiar, y estaba orgulloso de haber «escudriñado un poco en la estabilidad del soldado medio y de haber determinado los signos de ese despertar de la conciencia humana que innegablemente surgió en los campos de batalla de la innumerable contienda de 1914». Aún no se utilizaba el equivoco término de la «toma de conciencia», pero Barbusse lo presentaba. En realidad, la guerra de 1914 a 1918 lo que hizo fue ratificar y comprobar los movimientos políticos pacifistas que habían sido ya lanzados por las Internacionales socialistas y quebrados por los nacionalismos precisamente en la víspera de comenzar la guerra. Pacifismo que, a su vez, tenía grandes antecedentes: podríamos decir que el de Tolstói procedía de un anarquismo naturalista; el de la baronesa Berta de Suttner, de un cristianismo básico...

Barbusse escribió su libro pensando que llegaba tarde. Creía que mientras él estaba escribiendo, otros cientos de soldados en toda Europa estarían escribiendo también sus testimonios, sus Me-

morias, sus acusaciones... No fue así. «El fuego» se publicó en 1916, cuando la guerra estaba en pleno auge —y puede elogiarse a las autoridades francesas que lo permitieron, a pesar de todo—: fue el primero y, sobre todo, el primero en ahondar en los orígenes sociales de la guerra, en entrar en la misma profundidad de la materia bélica y sus consecuencias, y, al mismo tiempo, el despertar de la conciencia, que a Barbusse le interesaba de manera muy especial. No solamente no llegaba tarde, sino que llegaba antes de tiempo. Remarque tardaría doce años en capitalizar sus experiencias de la guerra y, sobre todo, en advertir esa concienciación que Barbusse había advertido ya en las mismas trincheras. Quizá porque Remarque combatía en el otro lado. Quizá, también, porque no se atrevió o no pudo publicar su obra hasta que realmente había un clima pacifista en el mundo, a lo cual, digamos, había contribuido muy notablemente un escritor español: Vicente Blasco Ibáñez publicó «Los cuatro jinetes de la Apocalipsis» el mismo año que Barbusse «El fuego», en 1916, y alcanzó inmediatamente una difusión extraordinaria y varias versiones cinematográficas. Curiosamente, el libro de Remarque llegó en el terreno sembrado por sus precursores y fue mejor utilizado; y al amparo de su éxito volvió a venderse y a difundirse el de Barbusse (el de Blasco Ibáñez ha continuado leyéndose desde entonces).

Barbusse era crítico con respecto a Remarque. Consideraba que el libro era emocionante y sugestivo al presentar el aspecto más lamentable de la guerra. «Pero permaneciendo absolutamente fuera de la cuestión literaria —fábulación, descripción y presentación—, porque este es un terreno en el que no tengo por qué entrar aquí, me permitiré, como lector de Remarque, deplorar que, después de doce años, su informe realista sea tan tímido en lo que se refiere a las prolongaciones de

la tormenta de 1914 y al sentido de la lucha, que todos los hombres honrados, que todos los que ven claro y piensan juntos, deben sostener contra la repetición del desastre. En verdad pienso que el tiempo que ha pasado ya desde el armisticio debía haber sido empleado por los escritores —que son hombres públicos— para situar de una manera precisa en sus relaciones con la vida social el espantoso acontecimiento y no para hacer, por el contrario, más vaga, más confusa, más incierta, esta cuestión de lógica y moral». Leído en el contexto de 1930, en el que estas palabras fueron escritas, se entendía que Barbusse reprochaba a Remarque y otros escritores combatir la guerra desde un lado sentimental, como un mal que empieza y termina en sí mismo, y no sus causas, sus orígenes, la aberración social que la hace posible. Muy pocos años después estallaría la segunda guerra mundial, con un revestimiento ideológico, con un culpable designado —Hitler—, pero también como consecuencia real de unas aberraciones sociales que la hicieron posible —el propio Hitler, ¿no fue consecuencia de una situación absurda?—. Barbusse ya no la vería. Murió en 1935. Si lo que describe su obra, la guerra de trincheras, la guerra romántica, como se suele decir estúpidamente, parece ya fuera de actualidad —lo cual no es cierto: enfrentamientos parecidos están sucediendo en este momento en varios lugares del mundo, y pueden suceder en otros—, queda como un fondo de información y conocimiento al que hay que aproximarse, porque es, probablemente, el testimonio más válido y más exacto de entre los muchos que se han escrito de lo que fue aquella guerra. Pero, sobre todo, el fondo sigue teniendo un valor permanente y universal. La situación del hombre en guerra, los movimientos que le llevan a ella, la sociología de la guerra, la psicología de una situación límite, las razones del pacifismo, tienen una vigencia de carácter absoluto. ■ J. A.